



# Historias de Aquí e de Acolá

## - ARTESANOS DE AS PONTES IX -

Esta historia comienza a principios del siglo XX, cuando José López, hijo de madre soltera, nacido en una aldea del vecino concello de Xermade (Lugo), decide embarcar para la isla de Cuba, en busca de mejor suerte que la que le deparaba el terruño que le vio nacer. No le fue fácil el tomar la determinación de separarse de la persona que le dio el ser y por la que sentía verdadera devoción; pero, se prometió a sí mismo que, desde el mismo momento en que su nuevo destino en América le permitiese ganar un sueldo, a su madre nunca le faltaría la ayuda económica prometida para mejorar su existencia y para que su vida no se le hiciera tan penosa.

Embarcó, pues, en el puerto de A Coruña, con rumbo a La Habana, como tantos otros emigrantes, sin volver la vista atrás, mirando siempre hacia el incierto futuro en tierras desconocidas de las que tanto oyera hablar desde su más tierna infancia. La travesía se le hizo interminable. La soledad le acompañó durante todo el viaje, y el recuerdo de su madre no le abandonaría nunca, ni siquiera en los largos años de su estancia en la isla de Cuba.

Su llegada a La Habana, en medio de aquella multitud de emigrantes, no mitigó su tristeza. Simplemente, se encontró más solo que nunca, sin saber qué camino tomar, preguntándose dónde podría pasar aquella noche, la primera en tierra firme, la más penosa de su corta vida, sin tener esperanza alguna de encontrar un refugio seguro donde dormir. La noche fue su aliada y su sueño tuvo por techo el cielo cubano, repleto de fulgurantes estrellas; dormitando sobre un banco de un parque en La Habana Vieja. Su despertar le volvió a la dura realidad. Tomó su modesto equipaje y deambuló, sin rumbo fijo, por las estrechas calles de aquel histórico barrio. Pidió trabajo en varios locales de negocio, pero la fortuna no le fue propicia. Su estómago comenzó a advertirle de la necesidad de comer. Sus piernas le flaqueaban, pero su voluntad logró contrarrestar aquel decaimiento, recuperando fuerzas para seguir buscando algún empleo que le permitiera sobrevivir. Por fin, a media maña-

na, logró su objetivo: en un almacén de materiales de construcción le dieron un trabajo temporal que le permitió llenar su vacío estómago, reponiendo sus mermadas fuerzas. Aquella noche pudo dormir a cubierto en un cuarto que el dueño del almacén le facilitó. Su cansancio era tal que a la mañana siguiente hubo que despertarlo, zarandeándolo violentamente para volverlo a la realidad. Allí trabajó durante un par de meses, mientras que buscaba, con afán, otro empleo mejor remunerado.

Una calle más adelante, muy cerca de la catedral, logró que en una carpintería le diesen trabajo más estable que el anterior. Comenzó haciendo tareas de limpieza, barriendo virutas y ensacando serrín para su posterior venta. El dueño del taller debió de apreciar en el emigrante aptitudes para su negocio, y al cabo de un tiempo logró que lo destinara al taller de barnizado de muebles, donde aprendió rápidamente todos los secretos de la nueva experiencia. Durante todo este tiempo, no dejó de escribir y enviar a su madre la ayuda económica prometida. Sin duda alguna, José era un buen hijo, responsable, trabajador, honrado, fiel cumplidor de sus obligaciones, y con un corazón repleto de buenos sentimientos. Así, fue discurriendo la vida de nuestro hombre, que trabajaba de sol a sol, procurando reunir un capital que le permitiese independizarse en el futuro. Pasaron varios años, y José conoció a una linda mulata de Pinar del Río que había llegado a La Habana en busca de un mejor nivel de vida. Aquél se enamoró perdidamente de la bella cubana, y hasta llegaron a hablar de una próxima boda. La mulata lo engatusó para que le fuera aportando sus ahorros para ir comprando muebles para lo que luego sería su nuevo hogar. Y así, poco a poco, la negrita fue esquilmando todo el dinero que el bueno de José había ahorrado, mes tras mes, durante varios años, con mucho sacrificio. Y aquello terminó como era previsible. La novia le dio la espalda, aban-

donando a su suerte al pobre Romeo, una vez conseguidos todos sus ahorros. Decían que aquel percalo no pudo soportarlo el bueno del barnizador, quien perdió su capital además de la cabeza. José regresó a España tal como había llegado, años antes, a la isla de Cuba, sin un duro en el bolsillo, y su mente trastornada por tan inicua traición. Nunca más se le conoció otra relación con mujer alguna en toda su larga vida de soltero.

Al poco tiempo de su regreso a Galicia, su madre falleció, y, entonces, José optó por ausentarse, definitivamente de su aldea natal, estableciéndose en nuestra villa, en la cabaña que le alquiló Carmen Rivera, a Merla, en la esquina de la Vía Romana. Allí montó su taller para producir las afamadas zuecas, usadas por casi todos los moradores de nuestro pueblo en aquellas fechas. De vez en cuando, alguien requería sus servicios para barnizar algún mueble, tarea en la que se empleaba a fondo, consiguiendo un barnizado imposible de mejorar. No cabe duda alguna de que José da Merla, como desde entonces se le conoció entre nosotros por el mote de su casera, era un verdadero artesano barnizando muebles. Manejaba con soltura las lijas y muñequilla para lograr un buen acabado, ejerciendo este oficio con auténtica dedicación. En casa de mis padres habían requerido sus servicios para dar el barniz a un juego de comedor que había manufacturado el mejor ebanista de As Pontes de todos los tiempos: Antonio Cal Boga, discípulo de mi abuelo, y padre de "Tacita". El comedor llamó siempre la atención por su perfecto acabado.

Cuando yo tenía 9 años, era el único niño del Campo de la Feria que no calzaba zuecas. Esto a mí me producía un gran desasosiego, y no comprendía como en mi casa no podían comprarme este llamativo calzado. Por este motivo yo comencé a pedirle a mi madre, con verdadera insistencia, que me hiciera ese regalo, pero nunca pude comprender, entonces, aquella negativa. Yo me veía

caminando en el silencio de la noche, haciendo sonar mis zuecas con ese característico ruido, pero mi fantasía no tenía muchas posibilidades de cumplirse. Cuando yo insistía mucho, mi madre pretendía convencerme de los múltiples inconvenientes que acarrearía el uso de aquel calzado: que deformaban el pie, dañaban el calcañar y producían enormes vejigas a causa del roce de la madera. Aparte lo ruidoso que resultaba al caminar. Pero yo nunca me rendí, hasta que un buen día logré convencerla. Así que, en la próxima feria accedí a comprarme las dichas zuecas. Cuando llegó para mí el feliz día, allá nos fuimos hasta el entorno de la Plaza de América donde se ubicaban los puestos de venta de zuecas y madreñas. Nada más llegar, mi madre buscó con la mirada el sitio donde habitualmente se instalaba con su tenderete José da Merla, que era el vendedor que más confianza le inspiraba. Como tenía precio fijo, sólo había que escoger un buen par de zuecas, ligeras, secas y bien terminadas, y, naturalmente, que fueran de abedul y a ser posible de rama gruesa. De este modo, serían más resistentes a los golpes, y más hermosas, con sus vetas bien definidas. Yo regresé muy satisfecho a casa, con verdaderos deseos de estrenar el típico calzado. Así, podría codearme con mis buenos amigos y vecinos del barrio sin complejos, saliendo a la calle de inmediato con deseos incontenibles de darles un buen uso. Había abandonado mis zapatones de goma, silenciosos como vuelo nocturno del búho, para enfundar mis pies en las zuecas nuevas, sonoras y relucientes, sin mancha alguna en la madera de abedul, recién salidas de las habilidosas manos del mejor artesano de esta especialidad. Caminé muy ufano acera arriba, deseoso de encontrarme con mis colegas, pisando en la calzada con firmeza para hacer sonar mis zuecas con ese típico cla-cla, que a mí se me antojaba un ruido celestial, y que la bondad de mi madre había puesto a mi alcance. Corrí toda la

tarde, y de verdad, que pronto comenzaron las condenadas zuecas a lastimarme los pies. Sentía escozor en la punta de los dedos. Comenzaron a salirme ampollas, muy dolorosas, en los talones. Y aquello, francamente, no era lo que yo esperaba. Es cierto que sonaban muy bien, a cada paso que daba, y esto compensaba, en parte, la tortura que me producían los roces de mi piel contra la madera pulida de abedul de las zuecas, recién estrenadas unas horas antes. Cerca del anochecer, y ya de regreso al hogar, pasé por delante de la casa de Piñeiro (hoy de Canosa) donde la acera tenía, entonces, un escalón. Así que, tomé la decisión de coger carrerilla y de un ágil salto volé por el aire, con el mismo ímpetu como si estuviera compitiendo en algún certamen deportivo de salto de longitud. Mi cuerpo se arqueó durante el vuelo para hacer más largo el recorrido, y fui a caer con los dos pies juntos a más de dos metros acera abajo. Al momento de tocar tierra, el sonido que hicieron mis zuecas nuevas, fue tan espeluznante que me pareció que había reventado la acera. Miré hacia atrás y no ví nada roto. Entonces, levanté un pie y luego el otro, comprobando que mis zuecas nuevas, recién estrenadas, presentaban ambas unas hendiduras de delante hacia atrás, declaradas siniestro total, sin posibilidad de reparación. Muy triste, pensé en el gran disgusto que le iba a proporcionar a mi madre, cuando llegara a casa y se enterara del desaguisado de aquella noche triste. Pero, cuál sería mi sorpresa que cuando le pasé el parte, se acercó a mí, temiendo en ese momento lo peor, pero, no, me dio un abrazo y me dijo al oído, cariñosamente:

¡Esta es la mejor noticia que he recibido en este día...! Aquella noche, mis pies los tuve sumergidos en un barreño con agua caliente, sal y vinagre. Y gracias a mi travesura aquellas zuecas no llegaron a dejarme secuelas para el resto de mis días. ¡Cuánta razón tenía mi madre al oponerse a mi descabellado antojo...!

Chucho Penabad

## Apenas un centenar de personas en una convocatoria de manipulación y oscurantismo... ¡cada vez son menos!

El pasado martes día 9 de mayo ha tenido lugar una concentración de vecinos de As Pontes enfrente al Centro de Salud, convocados-manipulados por el gobierno local del BNG, con el fin de exigir un incremento de la plantilla de personal sanitario de este Centro de Salud.

De las poco más de cien personas que secundaron la convocatoria, treinta eran representantes de diferentes asociaciones y los concejales del BNG de esta villa.

La convocatoria se mantuvo a pesar de las nuevas incorporaciones al Centro de Salud de un médico desde enero, de una enfermera desde principios de mayo y a partir del día ocho de este mismo mes, una matrona a tiempo completo debido a la baja por enfermedad de la matrona

titular. Alicia López, la gerente de Procesos de área sanitaria ha manifestado que se siente muy sorprendida por esta convocatoria de protesta, puesto que estas mejoras se contemplaron en la reunión con el alcalde Victor Guerreiro en el mes de marzo pasado. También anunció la gerente del área sanitaria, en As Pontes, (días antes de la fecha de la convocatoria) que a partir del 27 de Mayo se podrá hacer la prueba del Simtrón capilar, que se está tratando de incorporar un higienista buco-dental y en cuanto al número de pediatras informó que en As Pontes hay 1004 niños por lo cual solo le corresponde un médico pediatra considerando además que este cupo es óptimo, y también que para tener derecho al servicio de radiología es necesario con-

sorcarse con otros Centros de Salud para sumar el número de habitantes necesario.

Le gerente ha recordado que recientemente la fatalidad propició que se dieran de baja por enfermedad cuatro médicos de los ocho que formaban la plantilla en ese momento y afirma que existen grandes dificultades para contratar sustitutos, sencillamente por que los hay disponibles.

Se ha tratado, pues, de otra de las numerosas acciones preelectorales de un BNG pontés acostumbrado a manipular, mentir y utilizar a los vecinos, sin otro interés que el electoral, haciendo creer a la gente que se posicionan en defensa de unos intereses públicos, mientras negocian, acuerdan y planifican en un vil proceso oscurantista.

